



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 4146

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pta.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 23 DE ENERO DE 1909

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos postales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.



La Unión y el Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGA
45 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA. Caridad 4, principal

TEATRO-CIRCO

Más fuerte que el amor

Benavente, que posee lo que el eminente Echegaray ha calificado de «resorte dramático», no ha comenzado a sentir todavía esa decadencia intelectual, que acompaña siempre—ó casi siempre al menos—á los grandes autores que producen mucho; su intelecto, vigoroso, patente, se manifiesta con mayores bríos en su última obra y por esta causa después de «Los intereses creados», admiramos «La fuerza bruta» y después de ésta, «Por las nubes», que según la gran crítica supera en algunos momentos á todas las anteriores.

En la comedia anoche estrenada en el Teatro-Circo, que por cierto no es de las mejores de Benavente—se admira la fina observación psicológica del autor y esa notable facilidad que posee para mover los personajes, sin que éstos se salgan jamás del marco de la realidad.

Pero como estas breves líneas no tienen ni con mucho, el carácter de crítica, y sólo son hijas de la impresión que en nosotros y en el público en general ha producido «Más fuerte que el amor», diremos resumiendo que la obra gustó y gustó extraordinariamente al numeroso público que asistió á la representación.

La ejecución fué perfecta: Villagómez, que es un actor de una gran conciencia artística, cuida tanto del conjunto como del detalle, con cuidar de éste extraordinariamente, por eso, cuantas obras pone en escena resultan magistralmente interpretadas; á la de anoche no pudimos exigir más de cuanto se hizo en ella.

Del difícil personaje que encarnó el Sr. Villagómez, ha hecho un estudio fisiológico, acabado, pues el gran problema de la obra, la tesis, la que engendra todos los conceptos de índole moral que en ella se inician, tienen precisamente por base, algo, que entra de lleno en los dominios de la patología.

No es la primera vez que admiramos el talento y la gran cultura artística del Sr. Villagómez, por eso anoche, ratificamos la opinión que de él tenemos formada, aplaudiéndole en distintas ocasiones.

La Srta. Bremón, admirable, dando una justeza digna de estima á su difícil papel; aguardamos conocerla en otros para juzgarla más ampliamente sin embargo, anticipamos nuestra impresión que le es completamente favorable.

Muy bien la Srta. Alvarez, Srta. Morigo y Srta. M. de los Angeles que tomaron parte en la ejecución.

Hay que consignar, que la obra fué puesta en escena con una gran propiedad, como la que ha contribuido á la fama Europea, que gozan en este punto la Srta. Guerrero y el Sr. Mendoza, que fueron en realidad los creadores de la propiedad de la «misma en escena».

La compañía, ha entrado desde la primera noche en el público.

PETRONIO

CUENTO DEL SABADO

La señalera del Marino

Oye, chiquito, deja que lloriqueen las mujeres, las pobres lloran por cualquier cosa, y vente conmigo al camarote. No hay tiempo que perder; dentro de media hora tienes que estar á bordo.

Juan siguió al abuelo y entró con él en el cuartujo que le servía al viejo de refugio en tierra, porque en todo estaba arreglada de manera aquella habitación que le recordaba su pasada vida del barco. El viejo marino miró con gran complacencia al mozo que, aunque barbilampiño y con cara añiñada, el mancebo, se mostraba bien enderezado, airoso y fuerte, y con unos ojos claros y azules, en los que se veía la intención audaz y serena y la vivacísima perspicacia del hombre de mundo.

—¡Por vida del botafón de proa! Que te tengo que hablar como un abogado—dijo el viejo, encendiendo su pipa.—Estás hecho un hombre, ¡bada! así era yo cuando embarqué así fué tu padre que murió en ese perro mar. Bueno, basta de historias. Ahora ya sabes que no has nacido para pelar de cotes la tierra, sino para vértelas con las olas y los vientos cara á cara y cuerpo á cuerpo, ¡retoño!, y que no se diga que un Urbarrieta no ha sabido aguantar á los de arriba para luego hacerse aguantar de los de abajo, y... he dicho bastante ahora; te voy á dar esto; lo llevas en el dedo como lo llevé yo; luego lo llevé tu padre. Por este anillo se te podrá reconocer al pobre y te reconocerán á tí si tienes la desgracia, Dios no lo quiera de que la mar te borre la cara. El viejo se apretó los ojos, uno tras otro, con el puño de la mano derecha según dijo, para rijarse el zumo, y luego entregó á Juan un liso anillo de hierro, y añadió con tono brusco y áspera voz:

—Ea, zarpa, chiquillo; que ni Dios ni la Virgen te falten. Ya no eres cachorro de cría.

Lloraba Ignacia, lloraba Margarita, lloraba la madre y la hermana de Juan, lloraba la señora Andrea, y un un aullar á latidos parecía llorar también el guardián masllú. Como un avecilla abre y tiende por primera vez sus alas para volar, Juan iba á tender sus brazos para prendélos al duro trabajo del mar é iba á partir, desde el calor y el abrigo de la casa paterna, á la inmensidad del Océano. ¡Qué casta de hombres aquella, la de los Urbarrietas! ¡Qué pronto y con qué brío hufan del regalo y desoñan el amoroso arrullo de la madriguera y se arrojan al mar como al elemento propio de su naturaleza marinera! Más que vocación, era instinto; más que voluntad, fatal impulsión de aquella su excepcional manera de ser. Los tales Urbarrietas se consideraban hombres de otra especie distinta de la de los hombres de tierra; los tales Urbarrietas no creían que la patria podría tener otro poderío que el que le diese la Marina militar, ni otra riqueza verdadera que la que le ofreciese la Marina mercante.

Juan sentía deseos de embarcarse; pero al propio tiempo, y por la vez primera, apretábase el corazón un doloroso apenamiento; por un instante se entristeció su ánimo, y fué cuando Ignacia, su madre, le estrechó entre sus brazos y con las lágrimas le humedeció el rostro. Quedóse el joven mirando la dorada faz de su madre, aquella tersa frente, aquellos dulcísimos ojos, aquellas facciones todas, signos precisos de un nobilísimo carácter, de un alma siempre dispuesta al sacrificio y de un corazón amante y generoso cual ninguno.

—Adiós, adiós.

El eco de esta palabra, el acento de esta expresión, resonaron con el rumor de las olas y el zumbido del viento hasta mucho después en que las primeras sombras de la noche velaron las lejanías del mar tras de las cuates había desaparecido el bergantín en que Juan daba principio á su vida marinera.

II

—¡Está ahí! ¡está ahí! acabamos de verte; ya no viste la blusa, viste la chaqueta azul con botón dorado. Trae gorra galonada de oficial, viene más moreno y con una hermosa barba. Madre, madre; ¿cómo decirle que ha muerto el abuelo?, decía vivamente emocionada Margarita, en tanto que la madre, desasosegada é inquieta, oyendo y llorando, lanzóse á la puerta de la casa, donde á los pocos instantes recibió alborozadamente en sus brazos al hijo de su alma.

A este felicísimo momento siguiéronse días de una incomparable ventura, bien que á veces turbada por el recuerdo del viejo Urbarrieta, la última desgracia, á la que Juan llamó el último naufragio. La vida de familia, curso monótono, fatigadora rutina para tantos, vulgar existencia, fue entonces para Juan un sueño leno de maravillosos encantos; no había nimio detalle, ni insignificante incidente que no fueran para el joven marino delecticias placenterísimas. Hubo, además, una sorprendente aparición; María. ¿Quién era aquella jovencita tan tímida como linda que en amigable compañía de Margarita le miraba melancólica y sonriente?

—¿Cómo, Juan; no te acuerdas ya

de Mariquilla, la hija de nuestro vecino el buzo, Sr. Sebastián?

—¿Esta? ¿es posible?, exclamó asombrado Juan, no acertando á comprender cómo un renacuajo podía haberse transformado en un ángel. Sí, en esto, en un ángel; no había otra palabra.

Ángel, que con pudorosa sonrisa, luego con sigilosa aceptación, después respondiendo al discreto cuchicheo de Juan, embriagó el alma del joven con esperanzas de un fidelísimo amor; esperanza que todos bien pronto se apresuraron á hacer que fueran cumplidas. Fue el caso un suceso vulgar y corriente; fáciles convenios entré las familias del buzo y del marino, algunos pocos días de activo papeleo de documentos, de diligentes labores, y al fin, todo ya dispuesto, realizóse en la iglesia de la aldea de pescadores, la sencilla y solemne celebración del sacramento, y luego la fiesta de la boda, la danza, la música del alegre zortzico, los brindis con sagardúa y chacolí.

—Juan, ya llevas el anillo de oro; quítate ese anillo de hierro, que es de muy feo ver y nada te recuerda.—Dijo María.

—¡Nunca! replicó Juan. Era del abuelo y es mi señalera de marino.

Y el joven no quiso explicar más el significado de aquella en otro tiempo tan temible palabra.

Por más que mucho se diga y mucho se repita, siempre fueron breves los días de la dicha; pero no tanto cuanto lo fueron para el marino Juan.

—¡Listo! ¡á bordo! ¡presto el equipaje! ¡listo ya el bergantín!

A la caída de la tarde Juan marchaba; abrazó á su hermana, abrazó con ternura á su madre, abrazó á María, quedóse contemplando por un momento aquel rostro ovalado, aquellos ojos magníficos, entristecidos, que él, en las venturosas noches á besos cerraba para el sueño, y que en los pasados felicísimos días á besos había despertado y abierto á la luz de la mañana.

—¡Adios! ¡Adios! ¡hasta la vuelta! ¡Adios, Margarita, adios madre! ¡Adios María; María; adios, adios!

Al sobrevenir la noche, ocultando la lontananza en la que había desaparecido horas antes el bergantín, la misma angustia, la tristeza misma

unía en una misma plegaria las tiermas almas de la madre, de la hermana y de la esposa del Marino.

III

Un violento empujón abrió la puerta de la casa; Juan apareció. María y Margarita lanzaron un grito de sorpresa ante aquella inesperada vuelta y llorando se abrazaron al joven.

—¿Y madre? ¿y madre?—preguntó.

Juan con voz ronca y temblorosa, miró aterrado las negras ropas que vestían su esposa y su hermana. Madre había muerto. Otra la más espantosa desgracia. Otro, según Juan, el más espantoso, el más horrible naufragio.

¿Qué fueron los primeros días, sido de profundo y religioso silencio y de horas de continuado llanto y de sucesivas, tiernas y solemnes oraciones? ¿Dónde sino en el cielo había de estar la que á todos había criado, prodigado enseñanza, infundido virtud, alegría y amor?

Tierra maldita, más traidora que el mar mismo; tierra á la cual el marino dejaba confiados los seres queridos y que ella devoraba. Bien pronto vino como un rayo de luz un inesperado bien que atenuó la agudeza del dolor, calmó la rudeza de la pena y hasta trajo en pos de sí nuevos venturosos días. María y Juan tuvieron un hijo. ¡Qué hermoso, que rollizo, encarnado como una manzana madura.

Perneaba recio, lloraba fuerte y con coraje. Cogíale con sus manazas el marino, levantábase á lo alto y quedábase embelesado mirándole. Pues, cuando el muñeco rompió á reír? Un trueno fueron las carcajadas de gozo con que bruscamente, por espontánea impulsión, respondió á aquella risilla el embobado marino.

—¡Qué rabia le da al chiquillo que yo restriegue mi barba en sus carnicillas: rie y llora. Si pudiera me desbararía á puñetazo! Este va á ser como todos nosotros: un bravo hombre de mar.

Suerte perra también para esta dicha; ¡pobres hombres del horrible mar! Hubo un pronto término.

El bronco obscuro Océano reclamaba á Juan y sobrevino el día de violenta separación y Margarita, María y el pequeño niño... salieron á despedir al marino.

Caso extraño; el nene, momentos

LA REINA TOPACIO

80

oro en cada mano sin ensortar en el camino un solo hombre que le diga otra cosa que el saludo habitual del viajero «Guardaos Dios».

—Esa es su voluntad en efecto dijo D. Itigo y se están dadas las órdenes en su consecuencia.

—¿Y qué término señala el rey D. Carlos para esa conquista de la montaña?

—Pretenden que ha dado quince días solamente al Justicia Mayor.

—¿Qué designa que no hayáis pasado por aquí centos de tres semanas en lugar de haber pasado hoy, señora!—respondió el saltador en este camino esos bandidos que los han espantados tanto á no personas honradas que os hubiesen dicho: Guardaos Dios id en paz con Dios y que en caso de necesidad os hubiese escuchados.

—Hemos encontrado una cosa mejor que eso, señor replicó la hija de D. Itigo porque hemos encontrado un caballero que nos ha devuelto la libertad.

—No tenéis que agradecerme dijo el bandido por que obedezco á un poder más grande que mi mano y espalda no sé que simpatía que me lleva tan pronto al bien que al mal. Esta simpatía desde que os he visto ha rogado la coleta de mi corazón y le ha arrojado lejos de mí tan lejos que ha fe de

Biblioteca del EL ECO DE CARTAGENA

77

aquellos hombres sedientos de saqueos y sangre acababan de separarse el orbe.

El resto de su traje se componía de una manta de lana atravesada en la cual se envolvía con tanta majestad como un emperador en su palacio.

En cuanto el físico del recién llegado bastaba decir que el bandero que paró colmar las susceptibilidades de D. Itigo había dicho que no solamente el capitán era joven hermoso y elegante sino que además tenía un aire tan distinguido que pasaba generalmente por un hidalguito no había exagerado nada y antes por el contrario se había quedado muy atrás en el retrato que había hecho de su jefe.

Al ver el joven donña Flor dió un grito de hombre que se parecía á un grito de alegría como si la llegada del recién venido es lugar de ser un refuerzo para los bandidos fuera un socorro enviado de cielo á su padre y á ella.

En cuanto á D. Itigo comprendió que desde aquel momento no tenía nada que hacer con el resto de la gavilla y que de este joven dependía en adelante su suerte y la de su hija.

Pero cómo era demasiado activo para haber el primero se contentó con colocar en el pecho de donña Flor la punta del pañal blanco de algodón y lana.